



NUM. 10.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 8 DE MARZO DE 1863.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



uera de los acontecimientos políticos así de España como del resto de Europa, que absorben hoy la atención de todos los pensadores, pocos sucesos notables han ocurrido en la última semana.

No mucho después de publicarse la anterior revista terminó la crisis ministerial que ha durado una semana y que ha merecido á todos los que de ella han hablado el epíteto de laboriosa. El domingo y lunes fueron llamados á palacio gran número de nuestros mas importantes hombres políticos: el señor general Armero formó un ministerio que fracasó al ir á jurar, y lo mismo le sucedió pocas horas después al general don Ramon Narvaez; hasta que llamando la Corona al marqués de Miraflores, compuso este medio ministerio con los señores Sierra, Concha (don José) y Rodriguez Vahamonde. El otro medio se formó al día siguiente con los señores Monares, Moreno Lopez (don Manuel) y general Mata y Alós. El señor marqués de Miraflores es un antiguo diplomático, de los primeros ministros que tuvo la reina actual y autor de aquel sistema de elecciones que ha dado en llamarse insaculación.

Como nuestra misión es comunicar al lector todo lo notable de la semana, no pasaremos por alto una errata notable cometida por el periódico oficial. Llámase Sierra el señor ministro de Hacienda y como no haya un solo apellido igual á este entre los hombres políticos, la *Gaceta* publicó de tal modo el nombramiento, que uno era el ministro y otro el que decia la *Gaceta*. Nada tiene de particular esta equivocación, porque todos somos falibles á fuer de humanos y mortales, y como dicen las vulgares sentencias, el que tiene boca se equi-

voca y el que tiene pies anda al revés; pero no se opone esto á lo gracioso de un nombramiento atribuido á una persona del mismo nombre que el agraciado. Mientras la equivocación recaiga en una gracia, menos mal; todo será que cada cual dispute si es el agraciado, como se disputaron dos señores Gonzalez en unas córtés pasadas los votos, cuyas papeletas tenían solo este apellido; pero el caso es mas grave, cuando como no hace mucho tiempo se coge á un inocente que tiene el mismo nombre que un célebre criminal; ó se anuncia, como tambien ha sucedido recientemente, que un sabio eclesiástico ha escrito un «Arte de esgrima,» cuyo objeto, no es que digamos muy caritativo. Cuestión es esta de los apellidos con que no estamos muy conformes, porque perjudica algun tanto la precisa individualidad que queremos poseer, sin que dé motivo á equivocaciones siempre lamentables; y mucho mas habiendo personas que por ignorar el abismo que abre el tiempo y otros muchos abismos, puede confundir, por ejemplo, un Fernandez de Córdoba con un Gran Capitan.

La insurrección de Polonia va tomando un carácter de gravedad que tiene alarmados á todos los que contribuyeron á desmenuzar aquella nacionalidad, que por algun tiempo han creído muerta. No pasa día sin que se verifiquen uno ó mas encuentros entre rusos y polacos, en que si hemos de creer los telégramas y las cartas no queda siempre la victoria á favor de los primeros. La guerra por parte de Rusia es terrible: el ejército va devastando los campos, y quema las poblaciones antes de entrar en acción para quitar todo refugio á los insurgentes; en fin tales son las órdenes que el czar ha comunicado á los jefes de las columnas de operaciones, que uno de ellos, el coronel Korff ha preferido suicidarse en su alojamiento en presencia del enemigo antes que cometer tales crueldades. Calcule el lector que órdenes serian las que habia recibido este desgraciado militar. No habrá servido esta noticia de placer al gobierno ruso, ni tampoco el saber, que en Estocolmo ha habido grandes manifestaciones públicas en favor de Polonia, que en Prusia el rey sigue siendo derrotado en las cámaras, y piensa volver á la neutralidad en la cuestión polaca, y que Francia é Inglaterra siguen animosas en favor de la nacionalidad de Polonia.

Mientras esto ha sucedido por el Norte, el señor Isturiz era recibido por el emperador de Francia. El señor Isturiz representante del gobierno español, no tenía á quien representar en aquel momento precisamente, porque no habia entonces gobierno por acá:

parece que ha sido perfectamente recibido por Napoleon.

Méjico sigue en sus trece empeñado en que no han de pasar de Puebla los franceses, y los franceses empeñados en que han de celebrar en Méjico una Nochebuena ó cosa que lo valga, por mas que para ello necesitan muchos refuerzos. Sin embargo, las noticias que de allí recibimos son muy oscuras; y no podemos decir á nuestros lectores nada con rigorosa exactitud.

Otra cosa muy distinta seria si fuéramos capaces de ensayar el descubrimiento que ha hecho en Benaldiena, pequeño pueblo de Andalucía, un campesino llamado de apellido Orujo y de sobre nombre el Mirlo. Este Mirlo, envidioso sin duda de que un miserable pájaro pueda hacer lo que hasta ahora no han podido los Montemayores, los Ferreres, y los Dombones, se ha hecho famosamente una especie de abanicos de pluma que se ajustan á los talones, y dos grandes aias, que partiendo de la cintura llegan hasta cerca del cuello; y con este aditamento al cuerpo humano, dicen que se ha lanzado por esos aires de Dios. Si la crónica no miente, por mas que sea crónica malagueña, el señor Mirlo se elevó á mas de doscientas varas sobre la mísera superficie terrestre que pisamos los demás humanos, y allí dió toda clase de giros y vueltas, de saltos y piruetas, con toda la libertad que permite el libre viento, sin importársele un bledo de que le soplara en dirección favorable ó contrario. Parece que los pacíficos habitantes de Benaldiena con su alcalde y ayuntamiento á la cabeza, contemplaban desde un pequeño cerro estas sorprendentes habilidades y que piensan enviar á la corte al bienaventurado Mirlo con credenciales que le acredite como incansable volador; ni mas ni menos que las que Sancho llevaba de las zapatetas en el aire, y las tumbas con cabeza abajo y pies arriba que vió hacer á su amo y señor, pudiendo jurar como quedaba loco de remate.

Mucha curiosidad tenemos por ver estas alas del Mirlo; porque hasta ahora todas las alas que conocemos y que poseemos, para todo nos sirven excepto para volar; ni las alas del sombrero, ni las de las mesas, ni las de los edificios, ni las de los ejércitos, ni las del viento, ni aun las de la imaginación y del genio, dejando á un lado las del vicio con las cuales no queremos contacto alguno, nos han servido para el uso que indica precisamente su nombre; y por mas que nos tomemos alas, y que demos alas y que cortemos las alas, no adelantamos ni un paso en eso de volar. Y no porque nos falten términos de voleria, porque allí están nuestras damas llenas de vicio y aun

vuelos y vuelillos; y nosotros de plumas que dejamos volar libremente; si uno corre que vuela, otro se pierde de vista, si uno se eleva á las mas altas regiones, otro se coloca á vista de pájaro; este es águila y aquel buho; unos tienen buen pico, y otros sendos espolones; cuál canta como un ruiseñor, y cual es ave de rapiña; no hay poeta que no convierta á millares los ídolos de su amor en palomas y tórtolas, en mirlos y picheocitos; y en resumen los hombres nos dividimos solo en pollos y gallos. Pero todo esto desaparece como el humo cuando se recuerda que del dicho al hecho hay gran trecho; y que estos voladores concluyen si empiezan, por romperse la crisma, y como nosotros estamos muy bien con ella, y no queremos privar á nuestros lectores de las noticias que les podamos suministrar acerca del Mirló, renunciamos á ensayar su método especial de vuelo.

España es el país de los grandes é ingeniosos descubrimientos. Ahí está el infatigable astrónomo señor Granados que no nos dejará mentir; el cual descubrió no solo que el sol es de hermoso color verde, sino un medio curiosísimo de hacer comprender este color á los ciegos por casi todos los sentidos, excepto por el de la vista, que no suelen tener todos los ciegos. Cójase una ortiga, huélase una ruda, decia el señor Granados, y se tendrá idea del color verde por los sentidos del tacto y del olfato.

El domingo se verificó la solemne recepción en la Academia de la Lengua del señor don Luis Gonzalez Bravo, que pronunció un magnífico discurso sobre la elocuencia parlamentaria, en el cual desarrolló profundas tesis con toda la lucidez de que tiene dadas repetidas muestras en el parlamento. Contestóle el señor don Cándido Nocedal.

No están demás en nuestras Academias refuerzos de gente útil que les dé impulso en esa nueva via que parece han emprendido desde hace poco tiempo, dando á luz trabajos importantes de épocas pasadas. Y ya que hablamos sobre esto, no dejaremos de dar la enhorabuena á la Academia de Ciencias por la publicación íntegra hecha por primera vez en España de las obras astronómicas de don Alfonso el Sabio. Estas obras, para cuya impresión ha concedido generosamente el gobierno una crecida cantidad, van precedidas de un profundo prólogo por el académico don Manuel Rico, que por espacio de muchos años se ha dedicado casi exclusivamente á completar los escritos del sabio rey, y á buscar argumentos y pruebas con que defenderle de las injustas censuras de otros astrónomos, ¡alguno de ellos español!

De teatros nada nuevo tenemos que decir á nuestros lectores, sino que la Teodora sigue recogiendo merecidos aplausos en el *Tanto por ciento*.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL UNIVERSO

SEGUN LOS VARIOS SISTEMAS FILOSÓFICOS.

XI.

(CONTINUACION.)

Después de haber examinado en general lo que los griegos creyeron acerca del universo, vamos á detenernos en algunos sistemas filosóficos que trataron de explicar su creación y estructura. Para este examen dividiremos la filosofía griega en las cinco escuelas jónica, itálica, eleática, intermedia y sofística.

Los jonios eran la parte mas voluble y mas inconstante del pueblo griego, y su filosofía se resiente de este carácter especial. Todos sus conocimientos fueron mas bien inductivos que deductivos; apenas observaban un fenómeno le daban una causa, descuidando muchas veces la experiencia, y formando de este modo principios únicos y absolutos. Por esto la escuela jónica establece desde luego la ley universal, el principio genérico del mundo; la unidad viva que se manifiesta en diversos grados y da vida á todos los seres; esta unidad reside por sí misma, como innata y necesaria en la misma naturaleza, cuyos fenómenos son el resultado de esta actividad natural, ó lo que es igual si hemos de usar las palabras que emplean algunos filósofos y que nos parecen poco claras, la filosofía jónica estaba fundada en el dinamismo, no en el mecanismo.

El fundador de esta escuela fue Tales, que pasa por el primer astrónomo griego. Tales creía en un Dios infinito; de modo que habiéndole preguntado una vez ¿quién es Dios? respondió: «Una cosa que no tiene principio ni fin.» Pero separaba este Dios de la naturaleza de un modo incomprendible. El agua era para él, el principio de todas las cosas, es decir, el principio material, el *substratum* cuyo universal germen húmedo, fermentado ó influido por un principio activo que era la razón ó el alma del mundo, había producido y seguía produciendo todo lo existente, por una especie de continuada nutrición: el efecto de esta nutrición era como en los seres animados, la vida. Por lo demás el universo

estaba lleno de dioses, es decir, lleno de astros: y las estrellas eran de la misma sustancia que la tierra.

En la doctrina de Tales no hay verdadera distinción entre el mundo y la inteligencia; el principio que le hace llamar seres animados y dioses á los astros, no es esencialmente distinto de la materia en cuanto que es una virtud que reside necesariamente en ella.

Anaximandro que sucedió á Tales, vió en el universo el efecto continuo, no de un desarrollo ó de una producción indefinida, sino de dos continuas operaciones que llamaba elementos del caos ó de lo indefinido; la descomposición, *diacrisis* y la recomposición, *suncrisis*. Anaximandro aplicó esta doctrina, admisible en cuanto á la materia, á todo, desde la creación de los mundos hasta el mas pequeño fenómeno. A esta doctrina llaman mecánica algunos filósofos, porque segun ella todo en el universo está sujeto á una ley pasiva de unión y separación de elementos, que produce la vida y la muerte de los seres alternativamente. De aquí dedujo Anaxágoras esa variación continua del universo que siempre idéntico á sí mismo en la materia; pero no en la forma como admiten los astrónomos modernos; de tal modo que aplicando como causa á esas composiciones y descomposiciones la fuerza de atracción, se hubiera colocado Anaximandro á la altura de la filosofía física de nuestro siglo.

Esta ley general aplicada por Anaximandro á todos los seres de la creación, le hizo admitir la igualdad de los astros, y por tanto la pluralidad de mundos habitados, en que creían sus discípulos y aun algunos otros filósofos de sectas distintas.

Anaxímenes, discípulo de Anaximandro, buscó un nuevo elemento de que hacer depender la creación material y se fijó en el aire, que es Dios, que es inmenso é infinito y que está siempre en movimiento. No pudiendo encontrar en el aire ni la producción por el germen á que se opone su ligereza, ni la descomposición y recomposición á que se oponía su simplicidad, Anaxímenes imaginó dos nuevas causas de producción, la condensación y la expansión: el aire condensado se convierte en sólido, en tierra, en agua, en astros; el aire estendido, dilatado, se convierte en fuego y en luz. Hay, pues, en el mundo una sustancia única no distinta en sus manifestaciones sino por el diferente grado de condensación de esta sustancia. ¿Pero cómo se efectúa esta condensación? No puede explicarlo Anaxímenes; pero da un paso mas que sus maestros estableciendo una diferencia marcada entre el ser primitivo, y los demás seres que formados de aire le deben la existencia.

Su discípulo Anaxágoras, á quien muchos colocan en la escuela intermedia, fue el primero que defendió no solo la distinción sino la oposición entre lo espiritual y lo material. Anaxágoras fue tambien el primero que dándole todo al estudio dejó un ejemplo á los demás filósofos que trataron de poner su conducta personal en armonía con su doctrina, carácter distintivo de los filósofos antiguos, en que ciertamente no les han imitado los modernos.

Anaxágoras era rico y abandonó sus riquezas diciendo: «Es preciso que perezcan para que yo no perezca», llegando á tal extremo su pobreza que dejándose morir de hambre, tuvo que ir Pericles á socorrerle y decirle: «Come, porque cuando se quiere que alumbre una lámpara, es preciso echarla aceite que la entretenga.» Su vida era una continua contemplación de la naturaleza: ¿para que vives? le preguntaban.—Para contemplar el sol, la luna y el cielo. Nada mejor puedo hacer, respondía.—¿No te acuerdas de tu patria? le decían.—Sí, contestaba mirando al cielo, me acuerdo mucho de mi patria. Condenado á muerte por sostener que el sol era una masa de fuego, y que solo había un Dios, respondió á los jueces: «la naturaleza tiene pronunciada contra mí y contra vosotros esa sentencia hace mucho tiempo.»

Estos recuerdos de su vida son muy suficientes para comprender que Anaxágoras se formó acerca del mundo y de la divinidad, ideas mucho mas perfectas, mas sublimes que sus antecesores. Así es en efecto, este filósofo admite dos principios, el espíritu y la materia, Dios y el mundo; la *razón* y las *homœomerías*; principios primitivos ambos, pero de desigual categoría, porque el primero es siempre superior al segundo. La razón es el principio espiritual y causa eficiente del orden universal; es inteligente y conoce así lo pasado como lo futuro; es activa como fuerza motriz del mundo; es en fin inmutable, eterna, infinita, idéntica y no impresionable. El principio físico tiene como el espiritual la propiedad de ser eterno, porque en los fenómenos de la naturaleza nada muere, sino que se descompone en elementos, que vuelven después á reunirse formando nuevos seres; pero en estas modificaciones, lo mismo que en sus periódicos ó irregulares movimientos que constituyen el orden, está sujeto al principio inteligente y activo.

De este modo Anaxágoras venia á parar por dos caminos distintos, *á priori* y *á posteriori* por la observación metafísica y por la experiencia material á este primer principio de su doctrina: «El orden y distribución del universo, se deben atribuir al poder y sabiduría de un espíritu infinito;» proposición que echaba por tierra el politeísmo, admitiendo el Dios único, y que unida á la

creencia de que los astros eran pura materia, fue causa de que le condenaran por ateo. A pesar de esto, Anaxágoras no comprendió en toda su extensión la idea de la divinidad, puesto que le negó el atributo de creadora; lo cual debe considerarse como una reminiscencia de la doctrina de sus maestros, cuyas creencias conservaba en punto al primitivo estado de caos de la materia.

Anaxágoras creyó tambien en la pluralidad de mundos habitados, y animados físicamente por el sol, manteniendo constante de calor, por ser una masa de materia inflamada; y respecto de la luna aseguraba que tenía montes, valles, mares y habitaciones semejantes á las de la tierra.

Pitágoras, el fundador de la secta itálica, llevó á sus doctrinas toda la extravagancia de su genio y de sus costumbres, que le hacían aparecer como un sabio profundo ó como un ridículo ignorante, de tal modo que al mismo tiempo que Jámblico casi le iguala á un dios Lactancio, le llama viejo chocho é informal.

La doctrina de Pitágoras puede calificarse, usando términos modernos, de racionalismo matemático ó idealismo formal, porque lejos de buscar la unidad concreta que habían buscado los jonios, fundó su sistema en la unidad abstracta, esto es, en el número que participa de lo sensible y de lo ideal. Como es imposible que el número sea una abstracción del ser, Pitágoras se valía del número para expresar la forma de proporción numérica, tratando así de hallar su forma y sus relaciones exteriores ó numéricas.

El sistema de Pitágoras era universal y se aplicaba á todo lo existente, partiendo de la unidad absoluta, ó mónada universal que se manifiesta de diversa manera en otras mónadas particulares, cuyas relaciones y existencia constituyen el cosmos; de manera que la mónada primitiva inteligente, activa y potente, es la razón de todas las demás.

Nos basta este principio fundamental de la filosofía pitagórica para explicar así lo que el mismo Pitágoras creía acerca del universo como las consecuencias de su doctrina. El universo es el alma de Dios estendida por todas partes; de modo que no hay distinción esencial entre la sustancia de todos los seres, pues que estos solo se diferencian en las manifestaciones. Consecuencia necesaria de este principio era la trasmigración que Pitágoras llevó hasta el extremo, condenando la muerte de los animales, que segun él era un ataque á la Divinidad porque eran una parte de ella; á lo cual puede contestarse con un ilustrado literato, que la muerte de un animal no es censurable porque segun la misma doctrina, no es muerte sino variación de forma.

La armonía numérica que Pitágoras estableció como ley del universo, debía producir naturalmente un gran progreso en las ciencias exactas que tienen por objeto precisamente el conocimiento de las relaciones numéricas. Así es que el mismo Pitágoras aplicando su doctrina dió el primer lugar entre las ciencias á la geometría, y llegó á prohibir la entrada en su escuela á todo el que no la hubiera estudiado.

La filosofía pitagórica no tenía nada de original, mas que las consecuencias prácticas que deducía su autor: era una reminiscencia, sino una copia, de la filosofía asiática que Pitágoras debió conocer y profundizar en Egipto. En efecto, la trasmigración, Dios manifestándose esencialmente en todos los seres, son ideas antiquísimas en el Oriente; y la armonía y proporción numéricas son, como hemos dicho, la base de la filosofía china. Por esta razón Pitágoras, lo mismo que los chinos, dió un gran impulso á las ciencias exactas, llegando á descubrir el verdadero método matemático, y demostrando una porción de teoremas. No tememos pues equivocarnos al asegurar que la filosofía pitagórica era la filosofía china modificada solamente por el carácter griego, y por la libertad de la razón en Grecia, libertad de que carecían los sabios chinos.

FELIPE PICATOSTE.

SOBRE LA CURACION DE LA IMBECILIDAD.

Uno de los progresos mas extraordinarios y consoladores que la ciencia humana ha hecho en nuestros días, es la curación de los idiotas, de esos seres desgraciados comunes á todos los países, pero que sobre todo se encuentran con una frecuencia prodigiosa en las comarcas montañosas. Los viajeros naturalistas han encontrado en mayor ó menor número, tanto en la cordillera de los Andes, como en los valles del Himalaya y en la Tartaria china, en los Pirineos, como en la gran cadena de los Alpes, ciertos individuos en los cuales el estado de degeneración de la naturaleza, era mucho peor en sus resultados finales que el de los hotentotes y el de los habitantes de la tierra del Fuego, puesto que los idiotas no solo son débiles en diferentes grados en cuanto á la parte moral hasta llegar á la mas completa imbecilidad, sino que físicamente se encuentran en una escala muy inferior por su estado enfermizo, su cabeza desproporcionada para las demás partes de su cuerpo, su lengua torpe, su defectuoso aparato para la locución y su debilidad muscular general. Este estado es producido indudablemente por una enfermedad que empieza en la

primera época de la vida y que está determinado por causas locales y sociales, pero no es de modo alguno un fenómeno de la naturaleza, ni una condicion de raza como han pretendido algunos naturalistas.

El estado lastimoso de los idiotas de nacimiento había escitado hace ya mucho tiempo á varios naturalistas y médicos á dedicarse á la educacion moral de estos seres desgraciados, y Voisin obtuvo resultados favorables en 1836; pero el que principalmente se ha distinguido en esta tarea, ha sido un médico suizo llamado Guggenbühl, el cual desde 1840 ha desplegado la mayor actividad y el mas exquisito tacto, llegando hasta dar educacion pedagógica á criaturas que eran de una imbecilidad completa. Saussure, el célebre naturalista de Ginebra, había observado que no se encontraban seres imbeciles mas que en puntos que no esceden de cierta altura, y que por lo tanto se podia decir que la imbecilidad tenia un límite conocido y determinado, el cual en la Suiza viene á estar á unos 3,000 pies sobre el nivel del mar; pero segun las observaciones hechas posteriormente por la comision especial enviada por el gobierno de Cerdeña, el cálculo de Saussure no era exacto, puesto que el no encontrar imbeciles mas allá de cierta altura se debia únicamente á que en general las habitaciones de los hombres y el pais cultivado estaban menos elevados, y siendo limitado el número de individuos que habitaban á una altura mayor, era mas difícil encontrar idiotas entre ellos, puesto que por frecuentes que sean en cualquier pais siempre se hallan en un número infinitamente pequeño con relacion á la poblacion, y donde el número de esta es muy corto no parece probable encontrarlos. Guggenbühl atribuye el origen de la imbecilidad á ciertas condiciones atmosféricas, á una especie de *malaria*, como dicen los italianos, que existe á cierta altura, por lo cual ha edificado su establecimiento para los imbeciles, en una de las comarcas mas hermosas de la Suiza, en el monte llamado Abendberg, cerca de Interlaken á 4,400 pies sobre los lagos de Thun y de Brienz, y á 3,500 sobre el nivel del mar. Este establecimiento ocupará uno de los lugares mas distinguidos en la historia de la cultura de la humanidad, siendo además el primero de su clase. Guggenbühl en el corto espacio de 15 años, ha resuelto la cuestion de la aptitud moral de los imbeciles, con lo cual ha hecho un beneficio considerable á la humanidad aun en las edades venideras. No solo el mismo Guggenbühl ha escrito relaciones muy satisfactorias que prueban su actividad incansable en esta materia, sino que tambien Froriep, Scoutetten y otros, nos han dado descripciones del establecimiento y del método curativo empleado en él, que no dejan duda alguna acerca del resultado.

La disposicion total del establecimiento fundado en el Abendberg, puede considerarse en todos conceptos como ejemplar; los resultados obtenidos hasta ahora son satisfactorios, y su situacion en un monte elevado donde los que se hallan en él pueden respirar el aire mas puro, es completamente favorable.

Un establecimiento para la curacion y educacion de los imbeciles debe ser, segun su misma indole, un hospital y un colegio en el que caminan á la par la medicina y la pedagogia. Aquí, lo mismo que en las casas de locos, la condicion primera y mas indispensable para un buen resultado, es la separacion del enfermo de su familia. Las principales secciones en que está dividido este establecimiento son las siguientes: la primera para los niños de pecho en los que empieza á desarrollarse el mal, bien sea de nacimiento ó bien adquirido; en ambos casos se presenta una especie de paralización del desarrollo tanto físico como moral; en este caso el tratamiento medical y el cuidado de la parte física, son los medios de curacion que hay que emplear; mientras menos edad tengan los niños al empezar á curarse, mas pronta y mas completa será su curacion. La segunda division comprende las criaturas desde la edad de un año hasta la de siete; á esta division corresponden tambien los que pueden hablar algo, los mudos, para con los cuales debe emplearse la mimica, los que están sujetos á convulsiones, y finalmente los que tienen cierta sobreexcitacion moral, que por un tratamiento poco á propósito podrian caer en un estado de demencia. La tercera division es para los idiotas á quienes hay que dar una educacion especial y que por su robustez se trata de dedicarlos á los trabajos del campo. La cuarta division es para cuidar y atender á los imbeciles ya de mucha edad ó que pasan por incurables. Como en el establecimiento del Abendberg se admiten personas de todas las naciones se han hecho tres divisiones, una alemana, otra francesa y otra inglesa, para poder hablar y enseñar á los pupilos en el idioma del pais á que pertenecan. En este establecimiento, único en su género, se ha ordenado todo del modo mas acertado, y se han previsto hasta los casos mas excepcionales que puedan ocurrir. Las divisiones establecidas allí entre los imbeciles, no están hechas solamente por el grado en que se hallan los individuos, sino tambien con arreglo á su forma, pues en la imbecilidad de nacimiento hay una forma raquílica, otra atrófica y otra hidrocefálica, cada una de las cuales exige un procedimiento especial.

El método de tratamiento seguido por Guggenbühl, puede llamarse una pedagogia medicinal. Para el carac-

ter de debilidad los medios que escitan son en general los mejores y mas influyentes y á ellos pertenecen en primer lugar el aire puro y seco de las montañas, cuya virtud curativa ya habia sido apreciada por J. J. Rousseau. La alimentacion es sencilla; leche, principalmente de cabras, para los niños pequeños; baños diarios y templados, de yerbas aromáticas; mas tarde baños frios, agua echada súbitamente en el cuerpo y en la cabeza, y en los ataques convulsivos envolver al paciente en paños frios y húmedos hasta producir el sudor. Entonces fricciones, baños de arena calentada por el sol y remedios mas fuertes en las parálisis y cuando las formas son raquílicas. Con arreglo á las circunstancias Guggenbühl suministra interiormente á los pacientes, yodo, aceite de hígado, cal fosfórica, hierro, cobre, zinc y éter fosfórico. Segun las leyes fisiológicas la excitacion de la actividad de las funciones del cerebro y el aumento de la afluencia de sangre, debe efectuar un progreso en el mantenimiento de aquel órgano, para poder dominar el atraso en que se hallaban algunas de sus partes aisladas y su mantenimiento tan defectuoso muchas veces, como tambien la falta de sensibilidad originada por esto. Entonces empieza un desenvolvimiento especial de los sentidos; el sentido mejor casi siempre es el de la vista; mas sin embargo, la manera de mirar de los imbeciles no es nunca determinada, no es fijarse en una cosa aislada y abrazarla, es mas bien una relacion pasiva con respecto del atractivo de la luz en general. La torpeza para oír es muy frecuente en los imbeciles y el oído se limita primitivamente á una percepcion confusa de las modulaciones del sonido; el medio mas natural y mejor de evitarle es la voz humana con música y canto; este último se oye diariamente repetidas veces, con acompañamiento de órgano en el establecimiento de Abendberg; tambien el hong (instrumento chino que produce un sonido muy fuerte) y una campana se emplean con mucha frecuencia para escitar el nervio auricular. El tacto produce sensaciones á los imbeciles, pero están sujetos á muchas equivocaciones y es necesaria una práctica especial hasta pronerlos en el caso de distinguir lo duro y lo blando, lo áspero y lo suave, lo seco y lo húmedo, lo frio y lo caliente, etc. El olfato y el paladar pertenecen tambien á los sentidos poco determinados; sin embargo á veces hay algunos imbeciles que pueden distinguir los objetos cuyo olor les agrada, de aquellos cuyo olor es para ellos desagradable; los hay tambien que devoran indistintamente todo lo que encuentran. Los nervios del paladar son escitados especialmente; para producir lo amargo, por ejemplo, se emplea una infusion de quaria; para lo agrio, vinagre, para lo dulce azúcar, miel, etc. El establecimiento del Abendberg tiene además por sí mismo en sus mages-tuosas cercanías un manantial inagotable para el desarrollo de los sentidos, que sin necesidad de método ni de didáctica, ilumina y anima la oscura caverna del alma de los imbeciles y hasta al idiota que se halla en el grado mas inferior, le enseña pronto á distinguir los lagos, los valles, los montes, los ventisqueros, el sol, la luna y las estrellas, y cuando se le pregunta dónde está el Creador de todas estas obras, sabe indicar con su dedo el firmamento.

Pero la empresa de curar á los imbeciles no puede estar en lo sucesivo confiada á un solo hombre. Kohl ha dicho con razon que «la cuestion de curacion de los imbeciles no es la tarea solamente de los habitantes de algunos apartados valles de los Alpes, sino que es mas bien un asunto de interés para la humanidad entera, un asunto que mas ó menos nos concierne á todos y á cuyo buen éxito debíamos coadyuvar todos en cuanto nos permiten nuestras fuerzas. Todos nosotros debíamos alimentar y estender la luz encendida en el establecimiento del Abendberg para alumbrar á los seres humanos que están en las tinieblas, á fin de que cada vez resplandeciese con mayor fuerza y claridad y para que despues otras luces de la misma especie y de las que la humanidad necesita aun tantas se encendiesen en otros puntos.» En el imperio austriaco donde hasta el dia se habia hecho proporcionalmente tan poco en este sentido, se empieza á notar un movimiento considerable. La sociedad imperial y real de los médicos de Viena, bajo la presidencia de Rokitski y á petición del primer médico, el doctor Carlos Haller, ha presentado hace algun tiempo, una petición al ministerio del Interior para que permita la fundacion en los dominios imperiales de Austria, de establecimientos como el que ha hecho Guggenbühl en el Abendberg. En esta petición se solicita que se haga un estado oficial de los imbeciles que hay en los dominios de la corona; además se ha manifestado la conviccion de que dirigiendo con inteligencia este asunto con la cooperacion de las autoridades y de los comunes, es posible impedir en lo sucesivo esta enfermedad que aflige á muchos individuos de la especie humana, hacer que cada vez sea menos frecuente, y por último extirparla del todo. Hace poco se ha visto tambien que dos individuos de la sociedad, el doctor Helm, guiado por un sentimiento de extraordinaria filantropia y el primer médico Haller, han ido á cerciorarse por sí mismos del estado próspero del establecimiento del Abendberg, y á pesar de todas las cosas que se han dicho en contra, han dado las noticias mas favorables, tanto acerca de su estado próspero

en la actualidad cuanto acerca de las ampliaciones y mejoras que se proyectaban. La sociedad considera la creacion de establecimientos de esta especie en los dominios de la corona, como una necesidad urgente, y propone que se envíe un médico jóven para que resida por espacio de uno ó dos años en el Abendberg, á fin de que á su regreso al imperio austriaco tome á su cargo la creacion y direccion de un establecimiento de esta clase. Es de esperar que el gobierno de Austria acceda á semejante petición, mereciendo de este modo la gratitud de todos los hombres de sentimientos filantrópicos. Asi, pues, la actividad de Guggenbühl produce una favorable excitacion en círculos cada vez mayores, pues á él se le deben los primeros pasos dados en esta tarea y nadie puede desconocer que los resultados que se han obtenido son el fruto de su actividad y perseverancia. Se sabe tambien que en Prusia se ha tratado de seguir este ejemplo y que por el ministerio respectivo se ha mandado hacer una investigacion acerca de la imbecilidad y las causas que la producen. Guggenbühl tuvo en Berlín un protector celoso en Alejandro de Humboldt, que fue quien lo presentó en la corte y el rey de Prusia dió por su mano la condecoracion del Aguila roja y la medalla de oro de mérito al eminente médico suizo. Todo esto justifica la opinion de que en lo sucesivo y bajo tales auspicios la ciencia de curar la imbecilidad debe hacer los progresos mas grandes y ventajosos.

A.

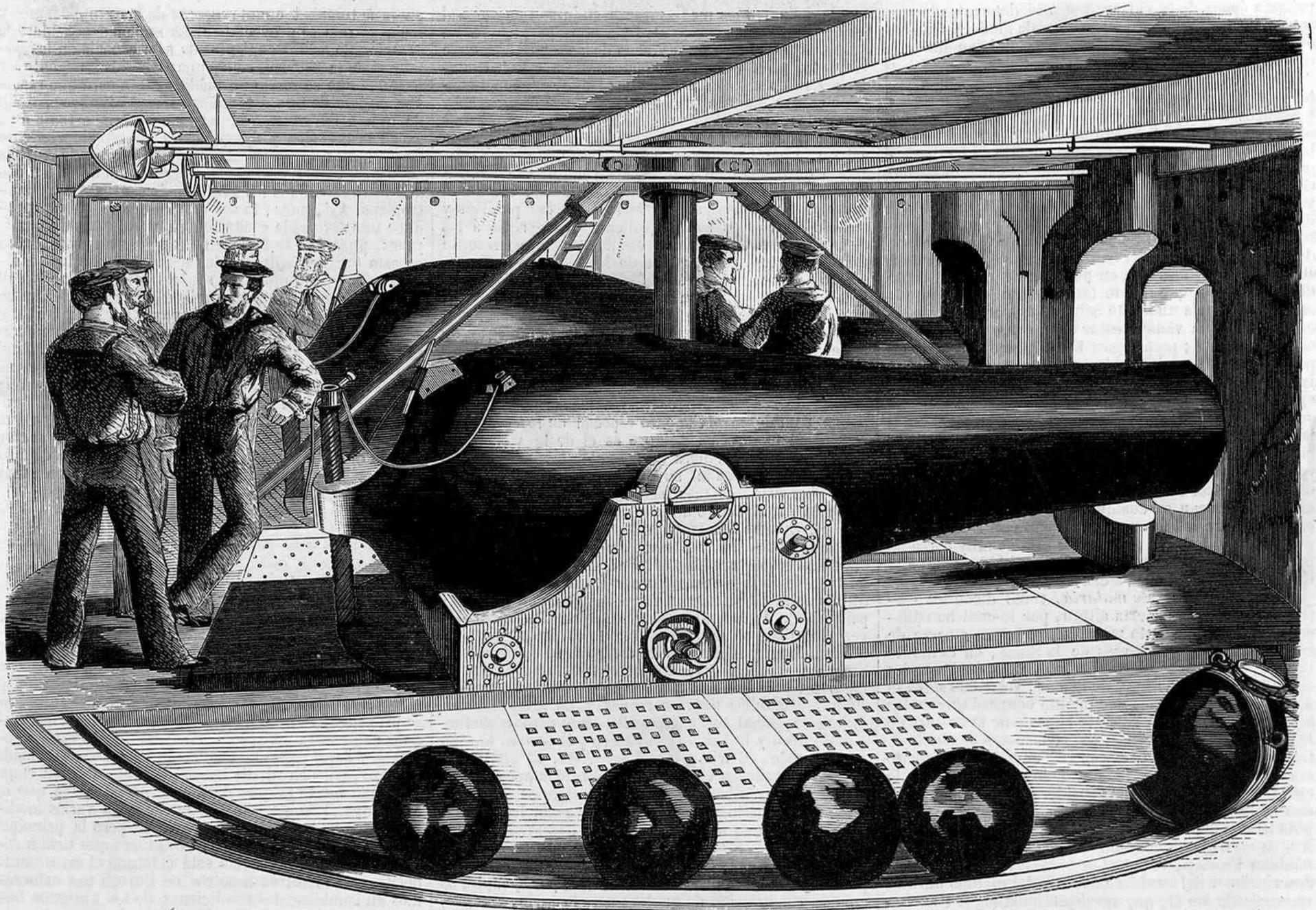
LA LANCHIA CAÑONERA PASSAIC,

INVENTADA POR EL CAPITAN ERICSON.

Los anglo-americanos se jactan con razon de hacerlo todo en grande escala; falta saber si aparte de esto son prudentes y bastante afortunados para lograr el fin que se proponen. Han sido los últimos en adoptar los buques con coraza porque apenas hace un año que el gobierno federal posee la lancha de esta clase, llamada *Monitor*, pero en el dia han construido ó están construyendo veinte buques de esta especie. Desde que se construyó el *Monitor* se han introducido varias modificaciones en los buques con coraza, pero la principal de todas en los de América, es la torre que tienen sobre la cubierta, en la cual está colocado el armamento del buque. Mientras nosotros en Europa nos esforzamos en combinar las condiciones de los antiguos buques de guerra con la invulnerabilidad y los poderosos armamentos de los nuevos, los anglo-americanos han limitado casi sus esfuerzos á inventar máquinas, que aunque inútiles para viajes; están segun creen, admirablemente calculadas para el objeto que se proponen; es decir, para que sirvan de baterías en el ataque y defensa de sus costas. Esto podrá serles muy útil, pero sin embargo, creemos que es mejor el sistema europeo de construir buques que sirvan para el ataque, al mismo tiempo que puedan hacer viajes largos.

El último de los buques de hierro que han construido los anglo-americanos, es la lancha cañonera *Passaic*, de la que los periódicos de América han hecho tan ardientes elogios. Para que nuestros lectores comprendan bien lo que se hace en este concepto en los Estados Unidos, damos aquí dos grabados que representan, el uno la lancha *Passaic* por completo y el otro el interior de la torre que hay sobre la cubierta. Los anglo-americanos consideran que la torre de esta clase de buques es la obra mas grandiosa de la época con respecto á maquinaria, y dicen que las operaciones de esta lancha y sus cañones monstruos marcarán una nueva era en la historia de los combates navales. El casco del *Passaic* es un modelo de esta clase de construcciones y no necesita una descripcion especial; porque la torre es la particularidad mas notable que presenta. Esta obra está compuesta de planchas de hierro de 23 pies de diámetro, 9 de alto y 11 pulgadas de grueso; su peso total es de 240 toneladas. Se debia suponer que una masa tan pesada no podria girar mas que sobre cilindros pero no es asi; su inventor, el infatigable capitán Ericson, ha creído que esta complicacion era incompatible con la solidez necesaria para resistir el choque de los proyectiles modernos, y ha colocado la torre en medio de un ancho círculo sobre la cubierta, confiando que su poderoso mecanismo interior hará girar esta enorme masa sobre su base. El cañonero colocado detrás de la brecha, cuando hay que hacer puntería, levanta ó baja un pequeño tornillo y el cañon se mueve instantáneamente en la direccion que desea, una vez lograda la puntería exacta, un movimiento del tornillo hace parar la rotacion y el cañon queda dirigido al objeto deseado.

Pero el invento del capitán Ericson no concluye en esto; la ventana que tiene la torre es mucho mas estrecha que el diámetro de la boca del cañon, y por lo tanto este debe descargarse dentro de la torre. La proposicion de descargar el cañon mas grande que hay dentro del pequeño espacio de esta cámara cilíndrica de hierro sin poner su boca ni aun en la ventana de la torre, era tan asombrosa, que solo una demostracion práctica podia satisfacer. Dos cuidadosos ensayos he-



INTERIOR DE LA TORRE DEL PASSAIC.

chos recientemente, han realizado las esperanzas de su inventor, la primera prueba se hizo en un punto enfrente del fuerte Washington, para ver el efecto que producian las balas en las rocas del Hudron. El cañon de 15 pulgadas de diámetro, fue cargado con 20 libras de pólvora y una bala hueca; su detonacion fue igual á la de una mina de pólvora, al paso que dentro no hubo

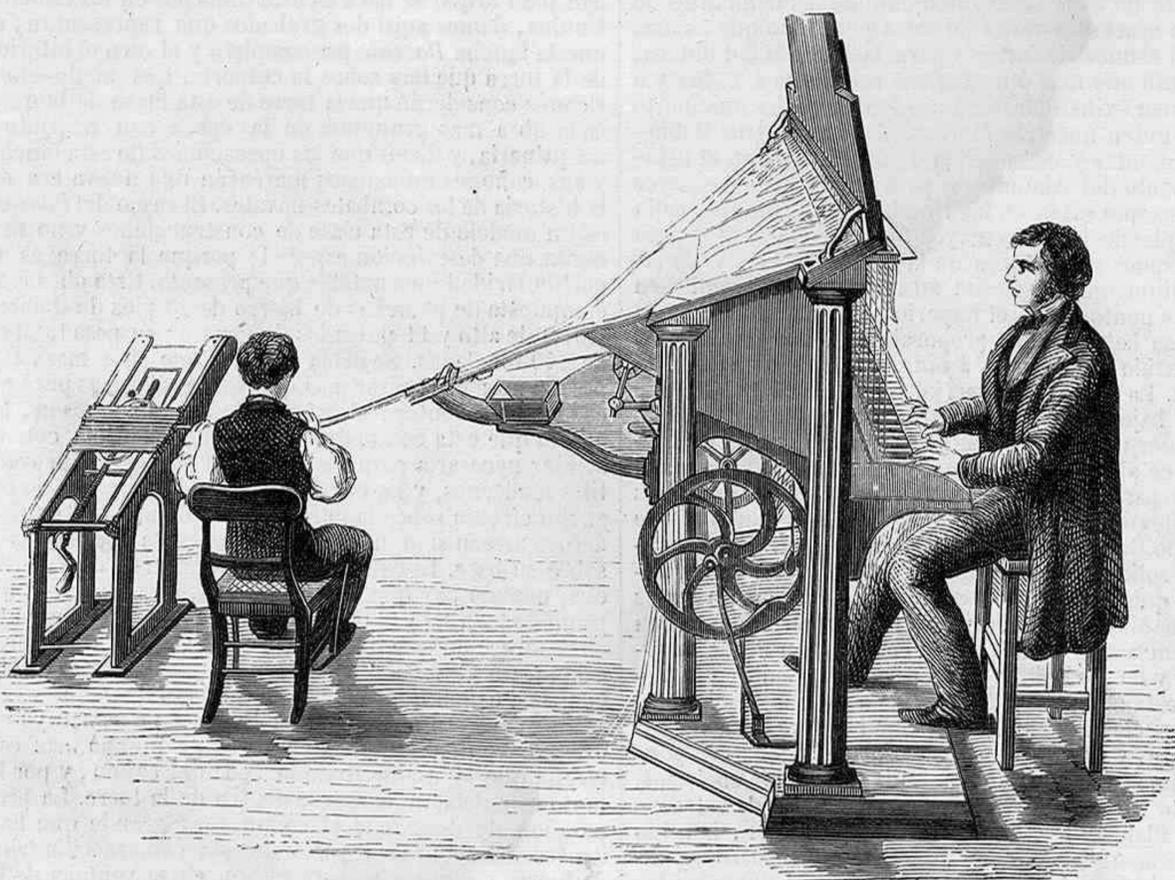
comocion ninguna, y el ruido no escedió al que hubiera producido una pistola ordinaria.

La segunda prueba se hizo con 35 libras de pólvora y otra bala hueca; el cañon reculó 3 pies y 10 pulgadas, produciendo en la parte interior un ruido no muy fuerte y poco humo, pero fuera fue una detonacion tan terrible, que los que hacian la prueba prefirieron que-

darse dentro para hacer los demás disparos. En estas pruebas no padeció nada el buque ni ninguna de las piezas. En otra prueba hecha con 35 libras de pólvora y una bala sólida, el resultado fue el mismo, con la diferencia de que el cañon no reculó mas que 2 pies y 8 pulgadas y que no hubo humo ni ruido en la torre.

Nuestro segundo grabado representa la torre vista por dentro. Los enormes cañones de Dahlgreen de 15 pulgadas de diámetro, y de 42,000 libras de peso cada uno, están colocados sobre elegantes cureñas de hierro; tres hombres de una fuerza regular pueden mover estas gigantescas piezas, por medio de un mecanismo muy sencillo. Las enormes balas de 425 libras de peso, están colocadas al rededor del suelo de la torre.

A.



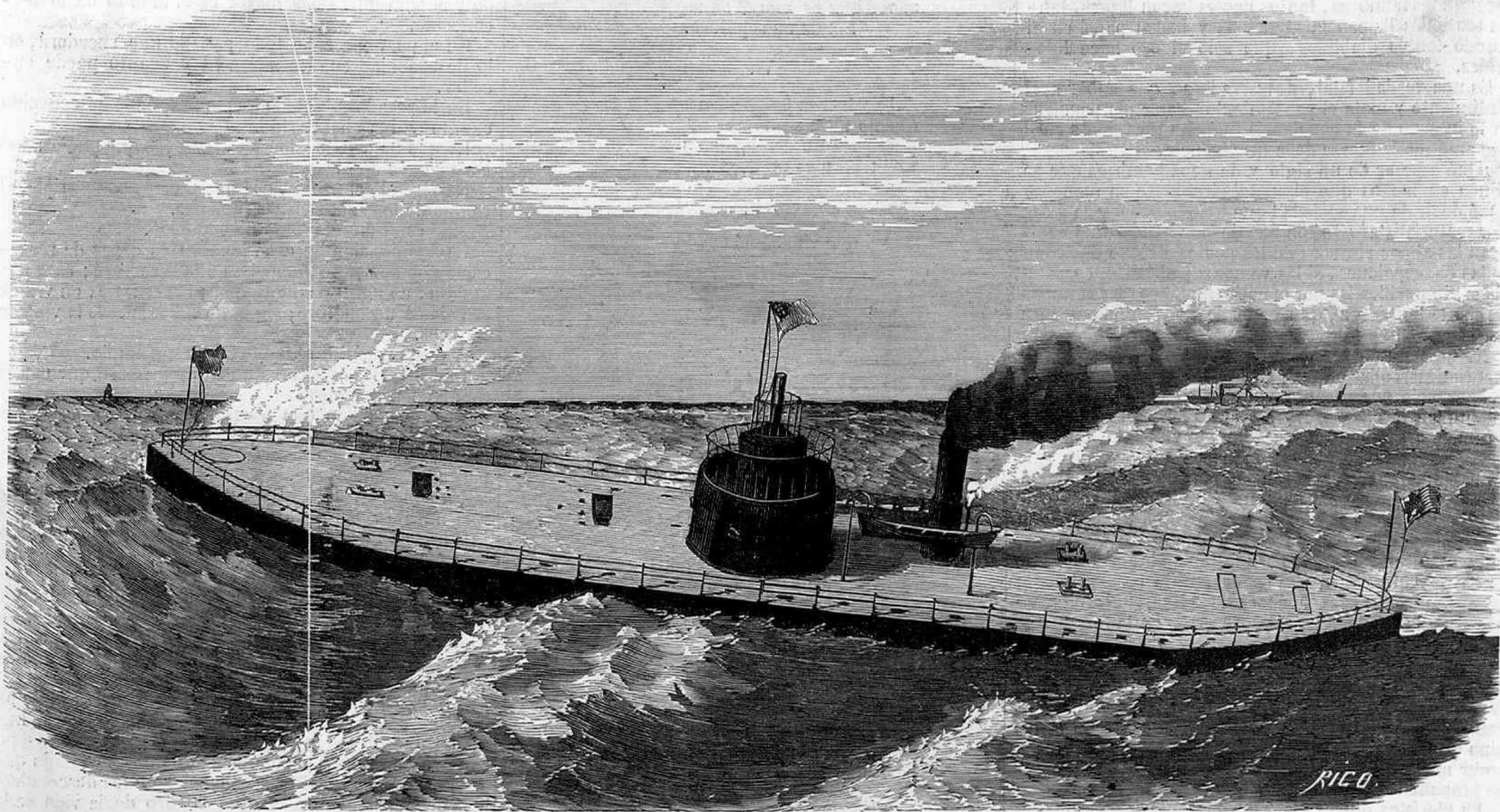
MÁQUINA PARA COMPONER LAS LETRAS DE IMPRENTA, INVENTADA POR YOUNG.

MAQUINAS DE COMPONER DE YOUNG

Y MITCHEL.

Desde hace mucho tiempo se está sintiendo en la imprenta la necesidad de componer mas de prisa que lo que se hace con la mano, segun el método antiguo. Mientras que por medio del brillante descubrimiento de la prensa de vapor la impresion se ha perfeccionado mucho, el que está dedicado á componer emplea casi tanto en esta operacion como empleaban los primeros impresores hace unos 400 años. Se han gastado grandes sumas en la mejora de las máquinas para hacer la impresion algunos minutos mas breve, al paso que el mas pequeño descubrimiento para colocar los tipos mas pronto hubiera dado resultados considerablemente mayores. Por lo tanto hace ya tiempo que se deseaba con ardor una máquina de componer sencilla y que funcionara con seguridad. Este deseo se ha satisfecho ahora por el ingenio de dos hombres que han logrado construir dos máquinas que satisfacen todo cuanto se deseaba y que pertenecen á aquellos objetos que no han sido de los menos admirados en la esposicion de Londres.

Para dar á conocer mejor la importancia de estos inventos, vamos á poner un ejemplo: supongamos que por haber llegado algunas noticias muy interesantes á



EL BUQUE PASSAIC PERTENECIENTE A LOS FEDERALES.—ESTADOS UNIDOS.

última hora a la redacción de un gran diario, hay que llenar en media hora tres columnas enteras del periódico; para colocar en el tiempo fijado las 45,000 letras que entrarían en las tres columnas, se necesitarían 90 cajistas, cada uno de los cuales había de tener una parte del manuscrito en la mano. La máquina con 22 operarios empleados en dirigirla da el mismo trabajo en el mismo tiempo, pero mucho mejor ejecutado; pero para apreciar aquí como es debido el ahorro de tiempo, hay que recordar siempre que al cajista le espera una prensa de vapor que en una hora puede tirar 20,000 ejemplares, de modo que cinco minutos que se acelere la composición representan una ventaja de 1,500 ejemplares.

La máquina del señor Young es sencilla y duradera, necesita pocas composuras y no estropea los tipos. Funciona con una velocidad que no está limitada más que por la destreza del operario, y se puede calcular que cada uno de estos, después de una práctica de algunas semanas, estará en estado de colocar de 12 a 15,000 letras por hora; pero como la máquina coloca las letras en largas líneas que no están interrumpidas, se necesita un segundo aparato para dividir estas líneas. El señor Young ha construido un aparato tal que con poco trabajo hace las líneas de la longitud que se desee permitiendo al mismo tiempo las correcciones necesarias. Este aparato funciona tan de prisa, que mientras un hombre compone con la máquina, solo se necesitan tres hombres que preparen su trabajo para imprimirse. La máquina de Mitchel es algo inferior, pero puede componer en un día de 24 a 25,000 letras; podría componer mucho más aun, pero el inventor cuenta el tiempo que se emplea en los ajustes y en la corrección; de todos modos, su actividad es siempre mayor que la de los compositores que trabajen según el método antiguo, y si en cada máquina trabajaran dos hombres se podrían contar unas 50,000 letras cada día.

Hubieran quedado en cierto modo imperfectas estas máquinas de componer si no se hubiera logrado construir aparatos que con una velocidad igual a la de las máquinas quitaran las letras y reunieran las que fueran iguales. Los inventores han hecho también unas máquinas para distribuir las letras, y la del señor Young, manejada por dos muchachos, distribuye en una hora 18,000 letras, uniendo las que son iguales y ordenándolas de modo que la máquina de componer las pueda coger de nuevo. La velocidad del aparato de distribuir las letras puede duplicarse aumentando también los operarios, y todo esto se obtiene por medio de pequeñas incisiones hechas en las letras y en las cuales encajan las pequeñas agujas de una rueda dentada de la máquina de Mitchel, construida del mismo modo, que llevan las letras a

diferentes alturas; la mayor ó menor elevación hace que las letras vayan cada una por un platillo a la canalita que les corresponda. Se echa también línea por línea hacia la rueda, y las canales se van llenando sucesivamente con letras iguales. Este aparato, que distribuye en una hora 8,000 letras, es manejado por un muchacho.

Los aparatos de Mitchel hace ya mucho tiempo que se usan en América, donde funcionan perfectamente; ahora se han adoptado también en las principales imprentas de Inglaterra y de Escocia, y es imposible desconocer las grandes ventajas que estas máquinas proporcionan, tanto con relación a los gastos, como con relación a la salud de los operarios y a la velocidad en el trabajo.

A.

CABALLERO ES DON DINERO.

Alí teneis la síntesis más perfecta de la ciencia del siglo en que hemos tenido la desgracia ó la dicha de

nacer. Por cualquiera parte que se mire, tómese como se quiera, la idea que preside, que descuella en la sociedad, es la del *dinero*. Todos caminamos tras él, todos ansiamos la posesión de ese objeto de valor convencional.

La gloria, la nobleza, el talento, la virtud, los vicios, todo en fin, ha menester el dinero para brillar, para ser apreciado.

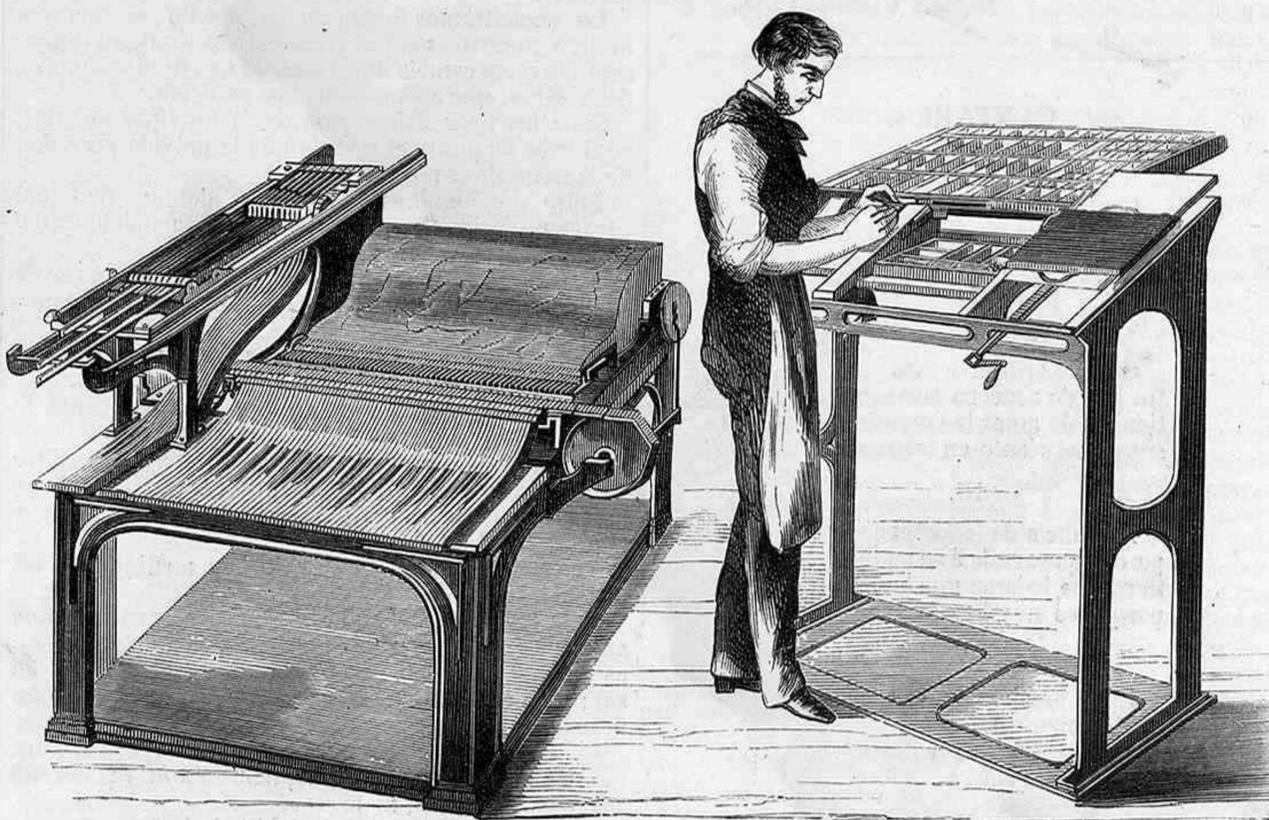
El hombre sin esos pedacitos de metal, no es nada.

La ciencia no luce, el talento vegeta oscurecido, la virtud pasa inadvertida, la misma gloria será una *po-bre gloria* sin ese adminículo.

Las mujeres solo a su vista se sonrien, aunque sea un negro ó quizás un desalmado el que lo ostente.

En fin, ¿para qué cansarse? no se puede tener *Don* si falta a su lado el *Din*.

¿Que reina la moda y tiraniza su imperio? ¡Mentira, ilusión, mísero engaño! Solo el dinero es el que manda en el mundo; no hay encofetada nobleza que no le rinda parias, ni hombre tan descortés que no preste atención a su delicioso sonido. Por él tantas nulidades pasan



MÁQUINA PARA DISTRIBUIR LAS LETRAS, INVENTADA POR YOUNG.

por grandes hombres, tantos necios hacen figura, tantas tonterías llaman la atención, y hacen papel en el mundo tantos diablillos, que solo el oro hace tolerables.

Es una verdad fatal, desgarradora, que subleva el sentimiento y mata el pensamiento, haciendo penetrar en lo interno de la conciencia humana un veneno sutil que aniquila la fuerza de la inteligencia.

¿Qué esperar de un siglo y de unos hombres que se tienen en menos que el metal circulante en moneda? ¿Qué decir de una sociedad que todo lo subordina á esa idea materialista? ¿Qué en fin, de las virtudes que aquilatan las almas elevadas de los genios de que destellan bellas concepciones, si las vemos supeditadas, corrompidas, impurificadas por el hábito maléfico de esa nueva serpiente tentadora, que como la de *antano* amenaza perdernos *ogaño*?

No quisiera en verdad profundizar esta cuestión, ni menos desarrollar en toda su fuerza los argumentos de toda especie que pasan y vuelven en continuo oscilamiento por la imaginación. Y al fin, la verdad es, que mi mejor argumento no será tan convincente, tan bien recibido como un napoleón moneda; entendamos, que no hablo de Napoleón potencia, porque esto sería político, y aunque soy cortés, no por ello puedo avanzar hasta ese terreno que es hoy una mina de oro, bien explotada por muchos en confortable provecho. He tenido un lapsus linguæ, porque la palabra confortable es en verdad poco castiza en el sentido en que la uso; pero como estamos en la época de la libertad *escrita*, no uso sino de mi derecho al expresarme en la forma que lo hago.

El dinero... el dinero... ahí está la explicación de la vida artificial que al vapor hacen hoy los hombres. No buscan el triunfo de una idea, la realización de un pensamiento humanitario, ni otro fin laudable y honesto, sino que se mueven, se agitan con solo el deseo de atesorar metálico, que sirva luego á la vida sibarita que se proponen hacer.

La gloria es dinero, la fama especulación mercantil. La misma juventud que en todos tiempos ha sido expansiva y desinteresada, hoy medita cual un geómetra y es codiciosa cual un avaro.

La especulación en las ideas, en las relaciones, en los enlaces, en la política, en la literatura y en todas las artes liberales, esta es la verdad que descuella por cima de todas las que en este siglo lucen en mayor ó menor escala. Queremos conservar la ilusión de que este mal pronto encuentre su correctivo; pero ¡ay! si continúa esa loca manía, deberán hacer los espíritus sensatos lo que antiguamente hicieron los senadores romanos, envolverse en su toga y entregarse al peligro.

Pero aun el espíritu luchará con la materia, los nobles instintos con las ideas metalizadas, la virtud con el vicio, y finalmente, las creencias heredadas de los siglos que pasaron, podrán aun contener la ruinosa marcha de las tendencias sociales. Así lo esperamos, no queriendo de propósito recargar el cuadro, por evitar disgustos al público y á nosotros.

Que la idea recobre su imperio, y sin que desaparezca la tendencia práctica del siglo, á lo menos elimine esa aspiración materialista que vicia sus fines, empaña sus glorias, rebaja la dignidad humana y abate el espíritu.

Que mi deseo se cumpla, y en tanto solo me resta elevar al cielo una plegaria demandando auxilio en bien de la humanidad.

MANUEL GIMENEZ PEÑA.

CANTARES.

I.

Cantar que del alma sale
es pájaro que no muere;
volando de boca en boca,
Dios manda que viva siempre.

II.

Cuando orillita del río
tus pies de azucena lavas,
tiembla de amor la corriente,
suspira el viento en las ramas.

III.

Audiencia da la fortuna;
pero el que acude á su audiencia,
tiene que bajarse mucho,
porque es muy baja la puerta.

IV.

En tu escalera mañana
he de poner un letrero,
con seis palabras que digan:
«por aquí se sube al cielo.»

V.

Entro en mí mismo, y tiemblo,
tiemblo y me turbo,

al ver que es solo el alma
luz de un sepulcro.

VI.

Una trenza tengo suya
que no niro sin temblar,
pues para un desengañado
una trenza es un dogal.

VII.

Así que vine yo al mundo,
me leyeron la sentencia,
y hácia la muerte camino
arrastrando una cadena.

VIII.

Tengo yo un fiel amigo;
me quiere tanto,
que el bendito me empuja
si me resbalo.

IX.

Ya no quiero ir á tu fuente
esperanzas á beber;
porque me encienden el alma
y no me apagan la sed.

X.

Para ir de este mundo al otro
atravesamos un mar;
tal vez por eso á la cuna
forma de barco le dan.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

CONSIDERACIONES FILOSOFICO-SOCIALES.

ADMIRABLE SENCILLEZ DE LOS MEDIOS DE LA NATURALEZA, CON RELACION Á LA IMPORTANCIA DE LOS RESULTADOS PARA QUE SIRVEN.—PODER CREADOR DE LA IMAGINACION; CIRCUNSTANCIAS QUE EN ÉL INFLUYEN.—EL ARTE.—POR QUÉ EL PÚBLICO ES EL SUPREMO JUEZ EN MATERIA DE ARTE.

Bastan los sentidos para darnos idea de la omnipotencia de Dios.

La comprendemos con solo tender la vista por el horizonte ó alzarla al espacio.

Para admirar su omnisciencia, basta fijar la atención en el gran recurso que ha sugerido al hombre con que prolongar las cantidades hasta el infinito, la numeración.

Y si esto no, bastaría ver, para comprender su poder creador, la infinita variedad de fisonomías que en la vida hallamos, conseguida con tan sencillos medios como son las ligeras modificaciones de algunos rasgos, de un solo rasgo á veces de la fisonomía.

En algunas ocasiones parece que vayamos á ver agotado al inmenso artista: algunas veces, efectivamente, la casualidad se complace en presentarnos dos caras que se parecen mucho; mas aun, que se parecen absolutamente.

Las encontramos juntas un día, por fin, en una reunión, y nuestro asombro crece entonces: algún imperceptible rasgo cambia de tal manera uno de otros aquellos dos rostros, que apenas hallamos parecido.

Si de los tipos físicos pasamos á los tipos morales, aquí sube de punto el respeto que la pródiga previsión de la naturaleza nos inspira.

Entre dos hombres que parecen dotados de igual carácter, de iguales gustos, de idéntica opinión, del mismo temperamento, media un abismo.

No concibo la completa igualdad que en el hervor de sus generosas teorías, se escapa del cerebro de algunos soñadores.

Derechos, deberes, costumbres, etc., no son igualmente soportables, igualmente gratos para todos.

No hay dos personas en el mundo para quienes lo sean.

Los materialistas envidian la perfección de instintos de los irracionales, y reconocen mucha similitud entre la segunda gradación de la escala de los seres (el mono) y la primera (el hombre).

Yo creo que estos señores no han medido bien las distancias.

Cada individuo del reino zoológico es una máquina animada (no uso esta voz en su acepción etimológica), es una máquina con vida; cada uno, en suma, es un ser; pero el hombre... cada hombre, en cambio, es un mundo.

Cuando oigo á alguien decir que las ideas se agotan, me río; cuando oigo repetir aquello de *nil novum sub sole*, digo entre mí, no lo creo.

¿Veis si es vasto, incalculable, indecible, todo lo sucedido? Pues mas vasto, incalculable, indecible, es lo que no ha acontecido todavía. ¿Veis si lo es el pasa-

do y el porvenir? Pues mayor es el mundo de lo desconocido.

En el porvenir cabe todo aquello que sucederá, en lo desconocido cuanto sucederá y cuanto puede suceder.

En lo pasado cabe todo lo que fue, en lo desconocido cuanto pudiera haber sido.

Lo que ha acontecido es limitado, lo que pudiera haber acontecido es infinito.

La verdad, el hecho, es uno, el error es múltiple, el campo de las suposiciones inmenso.

Este es el mundo de lo desconocido.

La imaginación de cada hombre es capaz de recorrerlo por completo, empero no lo recorrerá; para ello le falta, no aptitud sino tiempo; necesaria, en vez de la vida de un hombre; siglos de siglos, acaso la vida de un Dios.

A este propósito se me ocurre un ejemplo.

Dad á varios escritores un título y haced que con él desarrollen una obra.

Les sucederá lo que á varios dibujantes, á quienes mostrareis un desconchado de una pared.

Cada cual de estos vería en él un dibujo, un grupo ó una figura diferente.

En aquellos, á pesar de que hombres educados de una manera parecida, con iguales tendencias, con iguales aspiraciones, etc, debían sentir y pensar de una manera semejante; sin embargo, la idiosincrasia, los hábitos, posición y edad respectivos, influirán de distinta manera en cada uno de ellos, determinando una impresión diferente y diferente serie de ideas.

Después de perderse por el mundo de lo desconocido, sin encontrarse en él, cada cual volverá al mundo de los hechos con un libro diverso.

El mundo de los hechos no cabe en la memoria de un hombre solo, aun mas, no cabe en la memoria humana.

Para que no sea incompleto, el error ha tenido que tomar parte en la Historia y llenar algunos desconchados que aparecen en el gran cuadro de la vida de la Humanidad, en cuyo trabajo ha llegado á sobrepasar á la realidad misma.

Napoleón I, á pesar de las veladuras de que le ha rodeado la imaginación de tres generaciones, no escude en mucho la talla de algunos hombres que en la actualidad vemos moverse y agitar de una manera grosera los pueblos de hoy día; en cambio el Cid apenas puede ser contenido dentro de los límites de la Historia.

Algunas veces el cansancio agota las fuerzas de la imaginación: empero esta no ha menester sino apoderarse de lo primero que le llegue por conducto de los sentidos para hacer de ello una llave con que abrir un nuevo y vasto recinto donde perderse.

Una frase tomada al acaso, al cruzar una calle, una exclamación, un grabado, un celaje que mancha el azul de la atmósfera, un cuadro, un suspiro, el timbre de una voz suavísima, el tono de una voz antipática, un recuerdo, una esperanza, cualquier cosa, cualquier dato, le sirve de contraseña, digámoslo así, á la imaginación para invadir el mundo del sentimiento y crear un libro.

Cuántas condiciones especiales entran á modificar ó constituir el carácter de un hombre, toman parte y ayudan á la incansable artista á construir su edificio.

Por eso cada escritor tiene diferente estilo y cultiva un género peculiar.

Por eso la imitación de un estilo dado no conduce á nada.

Por eso el imponer una forma determinada ó género especial, es la mayor necedad que puede pretender la crítica.

El arte no quiere trabas; las de los preceptos le molestan, y se burla de ellas.

Porque los preceptos son los despojos que regala á los *artimensores* que le siguen, á los pedagogos que corren tras de él pidiéndole un harapo de su lujosa veste.

¿Cómo ha de tener el arte formas dadas que imponer, si es infinitiforme por esencia? ¿Cómo ha de aceptar como modelo lo que es su hechura?

¿Cómo ha de respetar en la crítica un poder que emana del suyo?

El arte crea un tipo de belleza estética; la crítica lo acepta y se lo impone diciéndole:—«esto es bello, déntelo aquí y no produzcas mas.»

El arte crea otro modelo; lo recoge la crítica y se lo impone de nuevo.

Y este, sin embargo, prosigue su marcha triunfal, arrojando sus brillantes despojos á la muchedumbre molesta que le sigue.

Por eso el público, y solo el público, tiene el derecho de reasumir en sí el criterio á que se deba someter una obra de arte.

Él solo tiene derecho á decidir si en ella hay conformidad del fondo con la forma, y por consiguiente, si hay belleza estética.

Por eso es él quien adjudica los títulos en la república de las letras, esto es, la multitud profana y no la minoría inteligente.

Por eso, en suma, el público es el supremo juez en materia de arte.

P. YAGO.

LOS PECES MUSICOS.

La mitología y los poetas nos han contado que existían sirenas que hacían olvidar á los navegantes su país y les daban muerte en medio de un dulcísimo éxtasis. Solo Ulises había escapado de sus encantos cerrando los oídos á sus compañeros y atándose al mástil de la embarcación en que navegaba. Las sirenas de otros tiempos son hoy los peces músicos, y quién sabe si aquella creencia de los antiguos, tenía, como otras muchas que ahora nos parecen supersticiones, su fundamento en hechos y cosas naturales. Así como los monos fueron los que dieron idea de los faunos y sátiros, es probable que algun pez cantor hiciese crear en la imaginación de los griegos y romanos la figura de las sirenas. Véase lo que sobre los peces músicos leemos en un periódico extranjero.

En una carta de Mr. Thoron, dirigida últimamente á la Academia de Ciencias, refiere que al hacer una exploración en la bahía de Pailon, situada al Norte de la provincia de Esmeraldas, en la república del Ecuador, recorría una playa á la caída de la tarde, cuando de pronto oyó á su alrededor un sonido particular estremadamente grave y prolongado. Creyó en aquel momento que era producido por algun tábano ó mosquito de gran tamaño; pero no viendo sobre él ni tampoco cerca ninguno de aquellos insectos, preguntó al barquero de dónde procedía aquel sonido, el cual respondió: Señor, es un pez que canta así, al cual llaman unos sirena y otros músico. Adelantándose algo mas en la misma dirección, Mr. Thoron oyó multitud de voces diversas que se armonizaban de modo que imitaban perfectamente los sonidos de los órganos de iglesia. Detuvieron entonces el barquichuelo para gozar de aquel fenómeno, que puede admirarse tambien en otros varios sitios y hasta con mas fuerza y sobre todo en el rio de Matagé, en un pequeño promontorio llamado Campana. Ese rio tiene dos bocas en el Océano Pacífico y una tercera en la bahía mencionada.

Si el viajero se adelanta hasta mas arriba de Campana y llega á Campanilla, ve repetirse el mismo fenómeno. Parece que en el rio Molino, afluente del Matagé, habian tambien oído el canto de esa especie de peces. Mr. de Thoron observa que estos animales viven en dos clases de agua, puesto que la del Pailon es salada, mientras que la del rio no se mezcla con la precedente mas que durante las horas de la marea.

Los peces músicos ejecutan sus armonías sin temer la presencia del navegante, y eso sucede durante algunas horas consecutivas, sin subirse á la superficie del agua.

Es verdaderamente sorprendente el que ese sonido sea producido por un animal que no tiene mas de diez pulgadas de largo; es un pez cuya conformación exterior no tiene nada de particular: su color es blanco, con algunas manchas azuladas en el dorso; por lo menos tal es el pez que se coge con el anzuelo en el lugar mismo del canto. A la hora en que el sol se pone es cuando estos peces empiezan á hacerse oír, y continúan su canto durante la noche, imitando los sonidos graves y entonados del órgano, oído desde fuera de la puerta de la iglesia.

J.

UNA REPRESENTACION TEATRAL

EN LAS INDIAS NEERLANDESAS.

Véanse algunos detalles dados por un viajero alemán, M. J. Kegel, en el periódico *El Ausland*, acerca de una singular representación teatral ofrecida por el sultan de Bankallang á sus vasallos, en las fiestas celebradas recientemente por el casamiento de uno de sus hijos:

El sultan habia mandado construir gran número de autómatas vestidos de árabes, de indios, de chinos, y con otros trajes de los que usan los pueblos de Asia, y fueron fuertemente atados sobre caballos blancos. Habíase construido tambien un vasto circo para recibirlos, y en él soltaron todos los caballos, dejándolos enteramente libres.

Después que hubieron corrido, brincado y mordido unos á otros, y que se alborotaron por completo, aun se les escitó con petardos y cohetes. Entonces ocurrió una escena muy grotesca, pues corriendo los caballos y chocándose unos con otros, los autómatas ó polichinelas se descomponían rápidamente. Uno perdía el turbante, otro un brazo, aquel la cabeza, este la pierna, ó bien quedaban colgados de la silla cuando no eran pisados y hechos añicos en el suelo. En fin, después de haber durado un buen rato esta escena, abrieron las puertas del circo y llevaron los caballos á las cuadras, pasando por las calles de la ciudad con los restos informes de los autómatas. A pesar de todo, esta función debe considerarse como un gran adelanto hecho por el arte dramático en las Indias Neerlandesas.

Ni los javaneses ni los malayos conocen todavía otras representaciones teatrales mas que las sombras chinas. Hacen pasar figuras de papel, de carton ó de madera por detrás de un telón ó cortina transparente de papel ó de tela que no se mueve nunca. La sala de los especta-

dores está á oscuras, como es de suponer, y detrás de las figuras están los quinqués. Los personajes se mueven, cantan ó hablan, pero generalmente no hacen más que pasar. Si hablan dicen cosas graciosas, pues el concurso es numeroso y casi se muere continuamente de risa.

J.

EL ARPA.

POESIA SUECA.

Gusmar vuelve una noche oscura y fria á su cabaña solitaria. Hay que cocer pan para sus hijos, y en su casa no tiene harina ni trigo.

Dos niños con el rostro pálido corren hacia él.

—Padre, tenemos hambre, danos de comer, aunque no sea mas que un poquito de pan.

—No tengo nada; ¡que Dios tenga compasión de nosotros!

—Cuando se llevaron á nuestra madre para enterrarla cerca de la iglesia, nos distes pan empapado en tus lágrimas. ¿Padre, era aquel el último pan?

—Hijos míos, no tengo hoy nada que daros. Dios se compadecerá de nosotros; esperemos todo de su bondad. Tened paciencia como yo, y quizás mañana tengais que comer.

Descolgó de la pared húmeda su arpa, y los niños no se quejaron mas.

Los sonidos del arpa mitigan su dolor, y la alegría brilla en su rostro.

El padre vuelve la cara para ocultar sus lágrimas y su inmenso dolor. Toca una melodía alegre y los niños bailan toda la noche hasta que el cansancio los rinde.

Acercándose al lecho de paja donde los pobrecitos duermen, el padre esclama: Dios mío, tú que eres el alma de los que sufren, pon término á sus males.

Su plegaria fue oída: la muerte vino y los niños no volvieron á despertar.

GRAFSTREM.

EL CAZADOR.

Ved ese jóven cazador soportando todo el dia los abrasadores rayos del sol de verano, y llegado al fin junto al arroyuelo, y vereis cuál pasea su vista inquieta y esclama después de lanzar un profundo suspiro: «Quiero verla antes de partir para siempre.»

«Sí, verla sin ser visto.»

A los pocos momentos se aparece al otro lado del riachuelo á una bella cazadora que adornada con el traje de Diana, dirige su corcel, lo detiene y mira atrás; sin duda la sigue á lo lejos un compañero invisible.

El cazador retrocede, tiembla; y brillando sus ojos con el fuego de Cain, sonríe amargamente: lleno de hiel y de cólera, carga con mano tremula su fusil.

Se aleja algunos pasos, como si renunciase á sus deseos, cuando ve correr como una nube de polvo; levanta el arma, apunta: la nube se entreabre... pero no aparece nadie.

DANAIDAS.

¡Sexo encantador! ¿dónde se fué aquella edad de oro en que podían comprar los corazones y atractivos de las jóvenes, con sencillas flores y espigas de trigo; cuando enviaban á su amada un pichón por mensajero é intérprete de su amor?

¡Hoy las beldades abundan mas y los precios son mas elevados; aquella á quien doy oro, me pide cantos; á la que ofrezco mi corazón, exige mi mano; y en fin, á la que prodigo mis versos, pregunta si soy opulento!

¡Oh Danaidas! he arrojado en el abismo de vuestros deseos, dones, versos, alma y llanto, todo á la vez; hoy de prodigo ya soy avaro, de tierno me he convertido en satírico.

Si, y si alguna vez una hermosa mujer encanta aun mis miradas, y quiero cantar á su belleza y colmarla de dádivas, no le doy, como antes, mi corazón.

ADAM MICKIEWICZ.

EL ANTI-LIBANO.

Entre los territorios en donde en la actualidad mas se temen los conflictos promovidos por los turcos que los dominan, se cuenta el Anti-Líbano, nombre dado por los antiguos á la parte oriental de la cadena del Líbano que separa el bajalato de Damasco del bajalato de Acre. El Anti-Líbano es llamado por los árabes Ausarich, ó Djebel-al-Chaick. Sus partes mas elevadas son los montes Galaad, Aburimet Moab, al este del mar muerto, y el Djebel-al-Chaick, que forma el punto culminante de esta cadena de montañas eternamente cubierta de nieves.

El Líbano y el Ante-Líbano están separados por el gran valle de Bequa. El rio Jordan toma sus manantiales en los costados del Anti-Líbano. El empleo arbitrario que los historiadores antiguos han hecho de este

nombre ha dado lugar á discusiones ardientes entre los sabios modernos. La población del Anti-Líbano es de unos cincuenta mil habitantes que pertenecen á muchas religiones y á diferentes razas. Se cuentan diez mil maronitas, quince mil griegos católicos, dos mil turcos, y el resto está compuesto por drusos, judíos y armenios.

EL HIJO DE ISIS Y OSIRIS.

Entre las tradiciones mitológicas de la antigüedad, la de la existencia de Har-eri, ó sea Orus el viejo, es sumamente peregrina. Plutarco en su *Tratado de Isis y de Osiris*, la refiere considerando á Har-eri como fruto de los amores de Isis y Osiris cuando permanecían aun en el seno de su madre comun Rhea, ó Nutpea. Segun la leyenda mas usual, Har-eri era hijo del Sol y de Rhea. Los griegos le asimilaban á Apolo y ya le llamaban Orus, como Harhat, Harsonton, Hersiesis ó Harpocrates. Uno de los templos famosos y contiguo á la ciudad de Ombos, estaba consagrado á una especie de trinidad formada por Har-eri, Tsenenofre y su hijo Nebtho. Sobre la puerta del santuario de este templo, reconstruido bajo el reinado de Ptolomeo Philometor, existía una inscripción ó dedicatoria griega con el doble nombre de Aroeris y Apolo. Esta sinonimia se halla tambien confirmada por otra inscripción griega de *Apollonopolis parva*. Har-eri, recibe en estas inscripciones el título de *Dios grande ó muy grande*. Los egipcios le representan bajo la forma de un gavilán ó de un hombre con cabeza de la misma ave.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

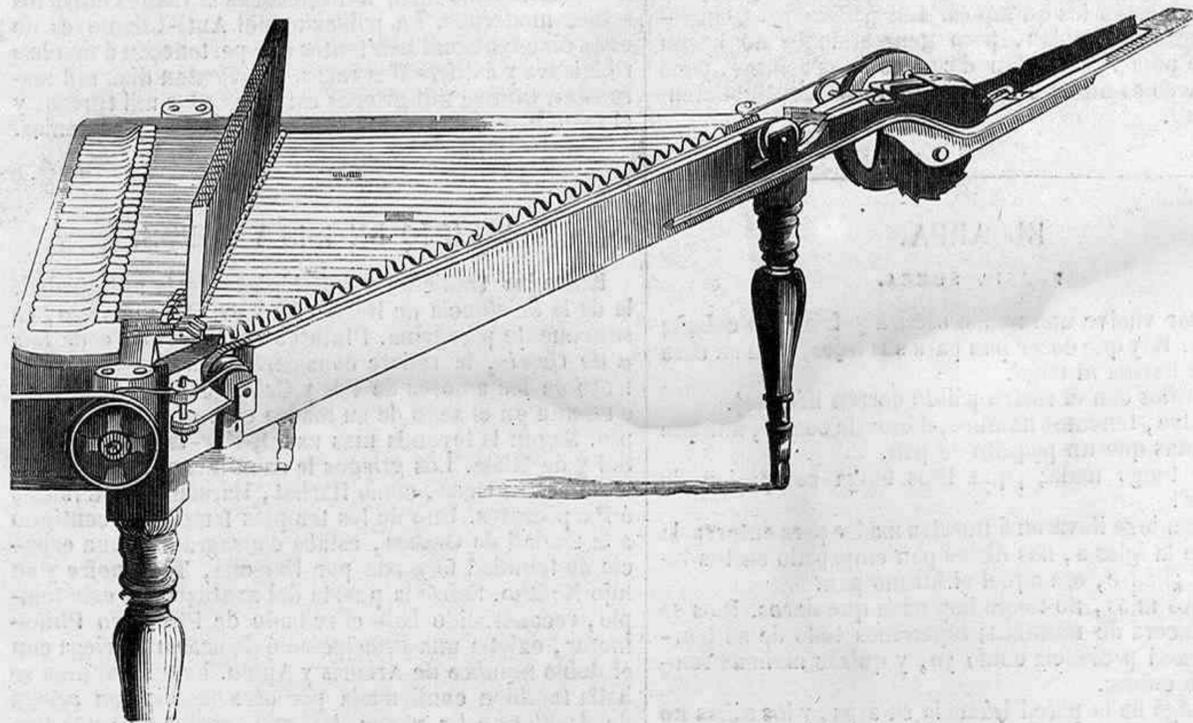
LOS DEDOS HUÉSPEDES.

Francisco es la segunda edición, corregida y aumentada, de *El Celso estremeño*, de nuestro inmortal Cervantes; y su esposa Clotilde el reverso de la medalla de la, por incauta, infeliz Leonora. ¡Pobre Clotilde! ¡Cuánto no sufre! Porque el celoso es el avaro del amor; y el amor del celoso es primo hermano del odio, es un amor con uñas y colmillos, un amor que araña, que rompe, que destroza, que hace sangre; el amor de la gata, la cual quiere tanto á sus hijos que á veces se los come. Clotilde no es feliz; tampoco Francisco; aquella, porque vive en una clausura perpétua, no menos rigurosa que la de las odaliscas en los harenes orientales; este, porque, lo mismo que el avaro, está siempre temiendo, despierto y dormido, que le roben el tesoro que tantas inquietudes le cuesta. ¿Se pone Clotilde vestido claro? Francisco la encuentra mas bella, mas peligrosa que nunca; no es la primera vez que la ha dicho: «Mira, Clotilde, quitate ese vestido; ponte el negro, que te sienta mejor.» ¿Se pone el negro, sin saber antes la opinión de su marido?... Su marido principia á formar calendarios: «si lo habrá hecho para agradar al vecino de enfrente? ¿Si será para que resalte mas el fresco y delicado color de sus mejillas? Francisco, no hay que dormirse, que el diablo las «carga.» No exageramos al asegurar, que en algunos de sus celosos arrebatos, la ha deseado viruelas, barros, pecas, berrugas, herpes y hasta cánceres, en el rostro, para ahuyentar golosos, acordándose de esta copla de un amigo suyo:

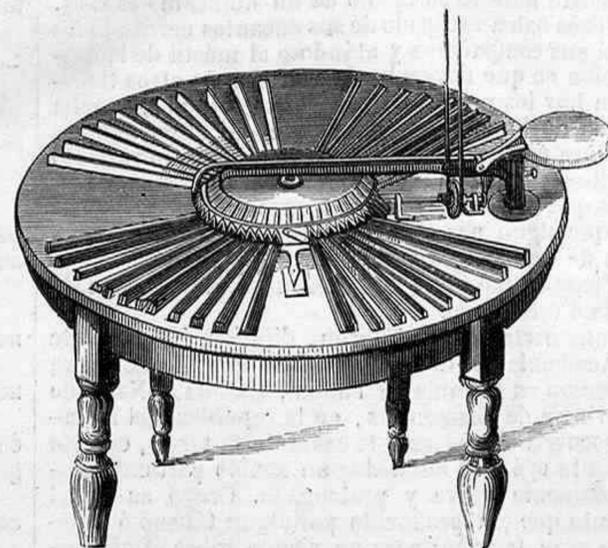
El mundo es una colmena
y la mujer un panal;
¡ojo alerta, colmenero!
¡Colmenero, alerta está!

A Francisco le gusta la mantilla de velo, no por ser mas española que el sombrero y la capota, sino porque el velo tapa la cara, y cuanto mas tupido, mejor; el guante es para él una invención honesta, al par que higiénica; prefiere al sol, la tibia luz de la luna, para dar una vuelta por calles poco pasajeras, con su Clotilde del alma; cosa que á ella se le va haciendo abominable, pero de la cual no le es permitido quejarse. Ocioso es decir que la puerta del cuarto que este matrimonio habita, se halla cerrada á cal y canto para todo el mundo, excepto dos ó tres personas indispensables, como el aguador y la lavandera. Los vecinos se hacen lenguas del recogimiento de la honrada pareja, á quien miran casi con envidia, ignorando las peloteras íntimas que la escesiva suspicacia del marido arma por un quitame allá esas pajas.

A las cuatro de la tarde tornaba Francisco de su oficina; pero, con motivo del desestero, no la hubo el dia en que pasó lo que voy á contar; así es que á la hora de salir de casa, ya estaba llamando á su puerta. Abrióle la criada, y ya se dirigía él á su despacho, cuando héte aquí que á la mitad del pasillo, pisa una cosa blanda, que rueda á la presión del pie; inclínase un poco á ver qué es, y se encuentra con medio cigarro puro, húmedo en su primer tercio, como si recientemente acabasen de fumarlo. Hácese el desentendido, se lo mete en un bolsillo, y, entrando en su despacho, cuelga de una percha la capa.



MÁQUINA PARA COMPONER, INVENTADA POR MITCHEL.



MÁQUINA PARA DISTRIBUIR, INVENTADA POR MITCHEL.

—¡ Ya te cogí! —discurre con gesto medio triunfante, medio abatido;—ahora si que no hay escape; esta punta de cigarro te condena; la Providencia se vale muchas veces de los medios mas indiferentes, al parecer, para descubrir á los culpables. ¿Con qué es decir, que mientras tu infeliz marido se va descuidado á su trabajo, á ganar decorosamente el pan que comes y el vestido que te cubre, tú deshonras su nombre, admities en su ausencia visitas, sabiendo que te las tiene prohibidas? Bien me daba á mí el corazón esta mañana lo que iba á suceder.»

Con todo, no queriendo proceder de ligero, se va á la cocina, y pregunta á la criada si ha venido alguien á verle á él ó á la señora: la criada responde, que nadie; Francisco dice para sus adentros: «Eso es que están de acuerdo para pegármela; pero todavía no saben quién es el hijo de mi padre.» Clotilde está peinándose en el gabinete; mejor para Francisco; así le queda tiempo sobrado para recorrer y registrar todas las habitaciones, agujeros y escondrijos del cuarto; porque un celoso es capaz de sospechar que hay amantes hasta en el hueco de un dedal. Así le sucedió á Francisco; no contento con mirar debajo de las camas y detrás de las puertas, miró, distraído sin duda, pero miró, debajo de las colchas, detrás de los cuadros colgados alrededor de la sala, y aun metió los dedos en los bolsillos del chaleco.

Verificado el registro, quedóse en medio de la sala, inmóvil como una estatua; la sala apesta á tabaco; toda ella está llena de humo. Para colmo de sorpresa, otra punta de cigarro puro hiere su vista, á manera de puñal: recógela... ¡Oh furor! está húmeda, como la primera, y además de húmeda, caliente en toda su extensión, y además de caliente, encendida, sí, encendida; al aplicarle indiscreto la yema del índice de la mano derecha, se la ha quemado. Ya no hay duda; el delito no puede estar mas demostrado ni mas patente. Digo mal, si puede: un pañuelo de seda, color de caña, con las iniciales P. y C., es el último acusador de la esposa. Pedro Ceballos se llama el vecino de enfrente; un vecinito que á Francisco se le estomagaba; que cometía el escándalo de levantar de peras á higos las cortinillas de su balcon; que en una madrugada de verano, cuando no transitaba alma viviente por la calle, tuvo la cortesía sospechosa de saludarlos con una inclinación de cabeza; en fin, un vecino que se presentó dos ó tres veces á Francisco, en sueños. ¿Por qué vive allí Pedro Ceballos? ¿Por qué no se muda? Esto es grave. ¿No hay mas calles en Madrid que aquella? ¿A qué santo viene abrir el balcon media docena de veces al año? ¿No pudiera conservarse cerrado hasta el día del Juicio?... Estos argumentos no tienen vuelta de hoja, ó miente la lógica de Francisco.

El esposo alarmado, que aun permanecía con el sombrero puesto, abre la puerta de la escalera, baja, y dice á la portera si alguien ha preguntado por él ó por su señora; la portera responde, que no recuerda.

—¡ Ciertos son los toros! —murmura Francisco, sufriendo otra vez la escalera, de dos en dos peldaños, mas muerto que vivo. —¡Que niegue, que niegue ahora! Yo le juro, que ha de haber la de Dios es Cristo. Pero calma, Francisco, no hay que precipitarse. Vamos atando cabos. La portera dice, que no recuerda; entonces ¿de qué sirve? ¿Qué hace en la portería? Aquí hay complot, ¡creerán que me chupo el dedo! ¡Están frescos! Arriba hay alguien; esto es mas claro que la luz del medio día. La punta de cigarro que encontré en el pasillo, estaba húmeda, pero no encendida; prueba evidente de que pertenecía al cigarro que él entró fumando: del prime-

ro al segundo, cuya punta conservaba todavía algo de fuego, debió mediar, cuando menos, una hora: tenemos, pues, que hace una hora, y me quedo corto, que él está en mi cuarto; pero ¿quién dice que no hace tres ó cuatro? Porque yo haya encontrado solamente dos puntas ¿puede asegurarse que no habrá otra ú otras en algun rincón?...» ¿Cómo habia de hacer tres ó cuatro horas que el presunto amante estaba allí, no habiendo faltado el pobre celoso mas que una de su casa? Todo lo referido hasta aquí, pasó en doble tiempo del que se necesita para contarlo.

Cuando llegó á su cuarto Francisco, su rostro era de cadáver. Desde la puerta de la escalera á la sala, habia cruzado por su mente una idea terrible. La ley autoriza al marido que se encuentra en la situación en que él creía encontrarse (pues ya daba por segura la sorpresa de un don Juan Tenorio, con circunstancias agravantes), para vengar por su propia mano la ultrajada honra: así, pues, abre una cómoda, saca un revólver y un puñal, y, ocultándolos en los bolsillos del gaban, se dirige con paso resuelto al gabinete, donde su mujer—noticiosa ya de la pregunta hecha por él á la criada—acababa de peinarse. Francisco percibió al entrar, ó creyó percibir, un leve movimiento en la puerta de escape del gabinete.

Recibióse Clotilde con sonrisa en los labios, como si tal cosa; y él, completamente mudo hasta ver el efecto que producía su presencia, sentóse á su lado, sin quitar ojo de la puerta fatal.

—¿Cómo has dado tan pronto la vuelta, Paco? Ahora serán escasamente las doce.

—¡ Parece que le sorprende á usted mi venida! ¿Eh? Ya me lo figuraba yo.

Francisco trataba de usted á su mujer, siempre que reñían.

—¿A mí?... ¿Por qué ha de sorprenderme?...—responde Clotilde.—Temprano y con sol empezamos hoy la gresca.—Este hombre de mis pecados se ha propuesto no dejarme vivir en paz.

—Se equivoca usted, la voy á dejar á usted, y pronto; pero no será sin su cóncue.

—¿Hablas de veras, Paco?

—Si señora, hablo de veras.

—Hazme el favor de explicarte mas claro.

—¿No me entiende usted? ¡Qué torpeza tan singular!

—Mira, Paco, dejémonos de indirectas y de sarcasmos ridículos, que á nada conducen; ó hablas claro, ú oír lo que me digas, como quien oye llover.

Francisco arrima todo lo que puede su silla á la de Clotilde, y echando en torno suyo una mirada teatral, la pregunta misteriosamente:

—¿Quién ha venido mientras yo he estado fuera de casa?

Clotilde calla, por de pronto, pero despues de un momento de reflexion, le contesta con igual misterio al de la pregunta:

—¡ Nadie!

Como es de suponer, Francisco, lejos de quedar satisfecho, confirmase mas y mas en la idea que tiene del acuerdo entre su esposa, la criada y la portera, con el fin de engañarle, y dice para su gaban:

—Este es el momento de las pruebas. ¡Si no cae difunta al verlas, es una mujer sin resto de vergüenza!

Y diciendo y haciendo, saca una punta de cigarro puro, y mostrándola con aire de triunfo, esclama irónicamente:

—¿Y esto?

—¿Y... ¿qué es eso?... pregunta Clotilde, sin alterarse.

—Nada, como quien dice! ¡No es mas que una punta de cigarro, encontrada por mí en el pasillo. El aguador no ha venido, yo tampoco he fumado... con que saque usted la consecuencia.

Clotilde abre los labios para hablar; pero sin duda quiere antes oír á su marido todo lo que tiene que decirle, pues en el instante mismo baja la cabeza, como la baja el reo ante su acusador inexorable.

Francisco presenta la segunda punta de cigarro (cuyo olor es nauseabundo, por cierto), para acabar de confundir á su esposa; esta, sensible en alto grado, como toda mujer histérica, dice, retirándose un poco:

—Oye, ¿te has propuesto hacerme reventar?

—¡Qué delicados nos vamos volviendo! ¡Si lo fuéramos tanto para otras cosas! Pero voy á complacer á usted—continúa el marido, arrojando la punta del cigarro;—ya la he tirado. ¡Usted se figurará que no poseo mas pruebas...! ¡Oh! he tomado perfectamente mis medidas.

Al llegar aquí, saca á relucir el pañuelo de seda, color de caña, con las acusadoras iniciales, con la P y con la C que, en su concepto, significan un Pedro Ceballos como una casa.

—¿Y este pañuelo?... ¡Hable usted, señora; hable usted! ¿Y este pañuelo?...

Clotilde no contesta. Entonces él, la coge de un brazo, y quieras ó no quieras, la conduce, medio arrastrando, á la sala, en donde aun no se habia disipado la nube de humo anteriormente mencionada.

—¡Huele, traidora, huele... y niega! la dice, mostrando una calma estoica.

Francisco vuelve á tutear á su mujer; señal infalible de que el furor llega á su colmo. En apariencia está sosegado; la música anda por dentro.

—¿Dónde está ese infame? ¿Dónde está ese miserable?—esclama por fin.—Ya puedes rogar por su alma á Dios, pues le ha llegado su hora.

—¡Paco, por la Virgen Santísima... atiende... te diré lo que ha sucedido!

Pero él saca el revólver y sale al pasillo, en busca del amante; cuando al entrar en el gabinete, da un terrible encontron con su misma suegra. Esta, viéndole tan furioso, le dice, en vez de saludarle:

—¡Demonio! ¿A dónde vas tan armado?

Francisco, á quien su suegra, doña Petra Caballero, andaluza de vigote, mas fumadora que una coracha, habia querido sorprender con su llegada, y con la noticia de haberse fallado un pleito á favor de Clotilde, en la Audiencia de Sevilla, avergonzado, corrido como una mona, tuvo que apelar á una mentira para contestarla:

—Iba á limpiarlo; está un poco sucio.

Clotilde se reía, pero en la sala, donde no pudieran oírlo; exclamando para sí:

—¡Qué hombre! En todo encuentra malicia; esto sí que es—como dice el refrán—*antojarse los dedos huéspedes*.

No sé si el caso que acabo de referir habrá hecho mella en Francisco; mucho me temo que este ha de ser incorregible: los celos son una de esas enfermedades que rara vez tienen cura.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCEPE, 4.